

El joven se inclinó y partió en busca de la señorita de compañía. Entonces, cogiéndose del brazo de Armando y atrayéndole hacia su lado, casi con violencia, le dijo temblando de indignación:

—Jamás permitiré, lo oye usted bien, sea á quien sea, que me hable como acaba usted de hacerlo. No merezco esas cóleras y espero estar bien pronto al abrigo de esas amenazas.

—¡Lydia!

—Esto es odioso, sí, odioso, y es preciso que tal situación termine. Sepa usted que no temo á usted ni á nadie; pero esas violencias son otros tantos insultos contra los cuales me rebelo.

—Escúcheme usted, déjeme explicarla...

—Aquí, en medio de todo el mundo que nos rodea, que nos espía...

—Pues bien, en su casa de usted, esta noche.

—Sea, por última vez.

Mina, inquieta, se acercó á ellos, mientras Lydia se dirigía á su encuentro con fría gravedad.

—El conde acaba de cumplimentarme por mi pretendido matrimonio con el señor de Cravant, y me extraña, condesa, que no haya usted cumplido su ofrecimiento de no hablar á nadie de ello hasta mañana. Usted misma me devuelve mi palabra; ahora soy libre y haré lo que me plazca.

Miss Griffith se aproximó; la señorita Audrimont tomó su brazo, y pasando por delante de la

señora de Fontenay, descendió al jardín, donde desapareció entre las flores.

IX

La señorita Audrimont, al partir, se había llevado toda la alegría de la reunión, porque en cuanto salió los rostros se entristecieron y la conversación languideció. Armando estaba ardentemente preocupado, y Mina no podía olvidar el sentido extraño de las palabras de Lydia, pues, de cualquier modo que las interpretara, siempre eran amenazadoras. Se arrepintió de haber cedido al afán de revelar á Armando la secreta capitulación de la joven en favor de Cravant; juzgó cuán débil era la garantía en que había fiado su esperanza de tranquilidad, y volvió á verse dominada por la inquietud y la tristeza. Aquellas alternativas de duda y confianza la oprimieron tan dolorosamente el corazón, que se sintió desvanecer. Sentóse en un ángulo de la sala, y tal era su palidez, que el marqués y Armando se aproximaron á su lado solícitos y cuidadosos. La condesa, al verlos, se sonrió dulcemente, se quejó del calor sofocante, que la producía vértigos, y aseguró que estaba bien. Y, verdaderamente, mejor se hallaba, después de haber visto el rostro alarmado de Armando y de haber agradecido

su solicitud. Poco necesitaba aquel pobre corazón para sentir alivio en sus dolores.

Cerca de las diez, Mina pidió á sus amigos permiso para retirarse á sus habitaciones. El marqués, fatigado por su viaje, se despidió también, y todos los huéspedes de la villa se ofrecieron á acompañarle. A aquellos parisienses, acostumbrados á pasar la noche en el teatro ó en las reuniones, la intimidad les parecía insostenible, y, con el pretexto de guiar al marqués á Trouville, se dirigieron al Casino, donde las iluminaciones brillaban destacándose en medio de la oscuridad de la noche, donde la orquesta hacía furor, y donde las horizontales de alto coturno, luciendo sus *toilettes*, paseaban, curiosas y divertidas, del brazo de sus elegantes caballeros, mirando bailar á las parejas jóvenes.

Armando, que acompañó, contra su costumbre, á sus amigos, fué con vacilante paso hasta el puerto, pero al llegar á éste se retiró afectando pesar porque la condesa estuviese sola. La noche era tranquila, el cielo límpido, la brisa llevaba á los oídos el ruido sordo del mar. Una paz profunda surgía de todas partes, y, abrumado por tantas preocupaciones, se impresionó dolorosamente al ver el contraste imponente que existía entre aquella aterradora calma, tan fecunda, y las estériles agitaciones de su alma. ¿Qué clase de hombre era para dejarse arrastrar por tan criminales tentaciones y tan bajos manejos? Re-

corridos ya los dos primeros tercios de la vida, ¿no tenía bastante fuerza de voluntad para no perder el juicio? Por dudosas alegrías iba á sacrificar, no sólo su reposo, sino la dicha de la mujer á quien veneraba. La culpable satisfacción que iba buscando era casi imposible, á pesar de lo cual persistía en amar, estando seguro de no ser correspondido en aquel criminal amor.

Caminaba entre la oscuridad semitransparente, bajo las brillantes estrellas, frente á la inmensidad serena, y era digno de lástima. Pasado ya el primer momento de ardiente valor, sintió su pecho abrasado y le dió vergüenza su indignidad. Su decadencia moral le hacía sufrir cruelmente. Se daba cuenta de la enormidad de su deseo, de la locura de su sueño, y, sin embargo, al recordar la imagen de Lydia, con su frente despejada y su mirada altiva, un estremecimiento sacudía su cuerpo y le hacía pensar: «Soy un insensato; es imposible que nunca me ame, y me entrego al dolor persistiendo en adorarla.» A pesar de tales razonamientos, se veía arrastrado irremisiblemente por su maldita pasión. Su inteligencia se sublevaba ante la debilidad de su alma, pero era impotente para contenerla. «Me basta—se decía—con no ir esta noche á casa de Lydia, con que no medien explicaciones entre nosotros; la situación se aclarará. Mañana le dirijo unas cuantas palabras de disculpa por mi raptó de violencia y por mis amenazas, que puedo

calificar, ante ella, de absurdas. Poco importa que me crea ó no; su amor propio y las conveniencias están salvados. No es ocasión de dejarme arrastrar hasta confesarla lo que he sabido callar tanto tiempo; esto es lo juicioso y lo prudente, lo que debo hacer.»

Pero la pasión exasperada respondía: «Puedes pasar á su lado una hora decisiva y dudas. ¿Te hallas en víspera de acontecimientos que modificarán gravemente su vida y vas á dejar que se realicen sin haberle dado á conocer las sensaciones y deseos que ahogan tu pecho? ¿Por qué retrocedes ante tal confesión? ¿Por qué procuras convencerte con argumentos morales y teorías filosóficas? ¿Qué hay de cierto en lo que declamas? ¿El bien y el mal son acaso absolutos? ¿Quién lo ha determinado? ¿No son simplemente convenciones sociales? Se han puesto las gentes de acuerdo acerca de los principios morales para el uso de la masa general de los seres; pero esos principios ¿se han hecho para todos? ¿Es una monstruosidad faltar á ellos? Hay algo de pueril en los remordimientos que te turban; el solo dolor verdadero es la privación de la dicha; la dicha para ti es la posesión de Lydia; procura conquistarla, colócate por encima de los prejuicios y de las faltas de firmeza, é imponla tu voluntad. Armado seguía andando casi inconscientemente; con el espíritu turbado por tan rudos combates, escuchaba las voces de su conciencia y de

su deseo que batallaban entre sí, graves ó burlo-nas, enternecidas ó ardientes, golpeando cruelmente su cerebro. No tenía conciencia de su vida física, y hallóse, sin saber cómo había llegado hasta allí, sentado sobre un ribazo del camino de Villers, á medio kilómetro de Deauville. Sacó el reloj y vió que eran las once. La única huella que conservaba de las tempestuosas luchas que sufría era una gran fatiga.

Se levantó y emprendió de nuevo el camino hacia la villa, pensando sólo en que Lydia le esperaba y en que se imponía una explicación entre los dos. ¿Qué iba á ocurrir en ella? ¿Qué iba á oír? ¿Qué resultaría de aquella entrevista? Nada de esto le preocupaba. Iba á ver á Lydia, y no anhelaba más. Llegó bien pronto ante la puerta del *chalet*; pero una vez allí, comprendió la irregularidad sospechosa de su presencia en casa de la señorita Audrimont, y en vez de penetrar en el hotelito, entró en el jardín de su posesión. Siguió la calle de árboles que la noche precedente le condujera á la puerta oculta bajo la hiedra, y, sin ruido, pasó al otro lado de la tapia, dejando la puerta entornada á fin de no tenerla que volver á abrir al regreso. Marchando con precaución á lo largo de los macizos de flores para no ser visto, se aproximó á la casa.

Todo estaba oscuro y silencioso. Solamente la ventana del saloncito dejaba filtrar una tenue claridad entre las persianas. Allí le esperaba

Lydia; el conde sintió latir su corazón con violencia, y después de subir los peldaños de la escalinata entró en el vestíbulo, que estaba completamente á oscuras. En el mismo momento la puertecilla de la tapia por la cual acababa de pasar al jardín, y que había dejado entreabierta, dió paso á una forma blanca que se encaminó al *chalet*. Su camino fué el mismo de Armando; esperó mucho tiempo al pie de la subida, y después, con paso tembloroso, entró á su vez en el vestíbulo.

El conde, desorientado por la oscuridad, dudó primero y se dirigió luego á tientas, esforzándose en no hacer ningún ruido; pero, sin embargo, le oyeron, porque un *portier*, al levantarse, dejó entrar una gran claridad en el recibimiento, y miss Griffith apareció sonriente en el dintel de la puerta del salón. Como Armando, estupefacto, permaneciese inmóvil, la inglesa, apartándose para dejarle el paso franco, le dijo:

—Entre usted, señor conde, la señorita está allí.

Armando entró y vió á Lydia sentada con el mismo traje que había lucido durante la comida. Al ver al conde, la señorita Audrimont hizo una ligera inclinación de cabeza y le designó un sillón colocado frente á ella. Él no aceptó la invitación y permaneció apoyado en la chimenea. La señorita Audrimont volvióse hacia su dama de compañía, diciéndola:

—Gracias, Griffith, puede usted retirarse; ya no la necesito.

La gigantesca inglesa dió un vigoroso apretón de manos á Lydia, saludó al conde y salió por la puerta opuesta á la que daba al jardín. Su paso firme resonó en la escalera, luego hizo retemblar el techo mientras andaba por el piso superior, y después todo quedó en silencio. En aquel instante era cuando la forma blanca, que había seguido al conde, entraba tras él en el *chalet*.

Una vez solos Lydia y el señor de Fontenay, se miraron sin hablar. Él sombrío y un poco pensativo, ella pálida, pero impassible. Desde la grave entrevista que habían tenido en Neuilly al día siguiente de la visita de Mina, y en la cual Lydia consintió en salir de su retiro, no se habían vuelto á ver sin testigos. Sólo habían pasado algunos meses desde entonces y les parecía que habían transcurrido años enteros desde la tierna intimidad que les había unido. Ambos se hallaban cortados y violentos. La altiva Lydia sintió cierta opresión moral, y no queriendo soportarla, levantó la cabeza con desdeñosa sonrisa.

—Usted se ha asombrado al ser recibido por mi señorita de compañía; no creo que debía exponerme á dar á entender que recibía á usted en secreto.

—No me quejo—respondió el conde en voz muy baja y casi ahogada.—Ha hecho usted lo que juzgaba mejor, y libreme Dios de criticarlo.

—Se ha vuelto usted sumiso muy de repente—dijo ella con aspereza.—Hace dos horas no se mostraba usted tan acomodaticio.

—Hace dos horas me vi dominado por un sentimiento de cólera que ruego á usted me perdone.

—Perdonaría fácilmente si estuviera segura de que había usted de aprovechar la lección y de que no se dejaría dominar jamás en adelante por la cólera; pero mi situación para con usted se hace cada vez más difícil y quiero cambiarla.

El conde creyó que aludía á su matrimonio con Cravant, y se puso lívido, cerró los ojos y apretó los labios para que no viera la llama de su mirada y para contener el torrente de amargas palabras que pretendían desbordarse de su boca. Contemplóle Lydia, y, por primera vez, le vió abatido, casi inerte, sin expresión en el rostro, como un hombre que se duerme y muere en estado de sonambulismo.

—Parece que no me ha comprendido usted—le dijo con dureza exasperada por aquel mutismo y atonía. ¿Ha perdido usted toda idea de sensibilidad, de tacto, de delicadeza?... ¿O es que me hace usted la injuria de tratarme como á una de esas mujeres con las cuales está permitido todo?

Aquella vez Lydia había puesto el dedo en la llaga. El conde pareció reanimarse; un vivo rubor coloreó sus mejillas, hizo un ademán de protesta, é inclinándose como si fuera á arrojarse de rodillas, exclamó:

—¡Yo, yo que siento por usted el más profundo respeto!

—Silencio—interrumpió ella enérgicamente;—no me agradan las frases estudiadas. El lenguaje de usted cambia muy fácilmente, según las circunstancias y según los lugares. No quiero protestas vagas, necesito una explicación clara y categórica. ¿Con qué derecho me ha amenazado usted si hablaba con el señor de Cravant con abofetearle delante de todo el mundo?

Armando quedó de nuevo sin vista y sin voz, inmóvil, con la fisonomía contraída, como si deseara no dejar escapar su secreto, mientras su prima, temblando de cólera, se levantó, y con amenazadora energía y dejando adivinar su indignación mal contenida, repitió:

—¿Con qué derecho, con qué derecho? Necesito que me explique usted el motivo, que me dé las razones y que presente sus disculpas. Quiero que hable usted... No es posible entenderse con un mudo, y usted me debe una explicación. Responda usted... Diga algo. ¿Qué significa esa actitud? ¿Está usted enfermo ó loco?

Como á pesar de todo el conde continuara con los ojos bajos, la boca crispada, sin expresión y sin movimiento, cogióle por el brazo y le sacudió fuertemente. A tan brusca agresión se decidió á responder, y con voz sorda dijo:

—No estoy enfermo ni loco, pero sufro horriblemente.

—¿Sufre usted?—repitió la implacable huérfana—y ¿es esa una razón para insultarme, para amenazar al señor de Cravant?

—Le odio.

—Es pariente de usted y su amigo.

—Le odio.

—¿Y por qué le odia usted?

Ante tal pregunta se operó una completa transformación en aquel hombre que, hasta entonces, parecía de mármol. Sus ojos lanzaron rayos, su frente se despejó, y aproximándose á Lydia hasta quemarla con su aliento, la dijo con voz ardiente y apasionada:

—Le odio porque ama á usted, porque yo soy un desgraciado, un miserable que sufre sin tener derecho á amarla. Desde que está usted á mi lado me tortura para hacerme hablar, y ahora comprenderá usted las razones que tenía para callarme. Las palabras que he pronunciado jamás debió usted escucharlas, porque se ultraja usted á sí misma, tan joven, tan pura, tan casta, tan digna de todas las adoraciones y respetos; porque me separan para siempre del lado de usted, cuando no anhelo más que vivir siempre ante esos ojos, ser un fiel esclavo suyo y morir á sus pies.

El conde había hablado con tan ardiente ternura que hizo estremecer á la joven; arrodillóse ante ella, como un fanático en oración, y la confesó aquel amor criminal que, aunque Lydia creía

indigno, era tan ardientemente expresado, tan completamente desprovisto de todo cuanto no fuese ella, que ni la produjo temor alguno ni sublevó su dignidad. Comprendió que con sólo levantar la mano tendría una obediencia absoluta, pues, como la había asegurado, era su esclavo fiel y hubiera muerto antes que enojarla.

Rendido por la violencia de su emoción, el conde se dejó caer en un taburete á los pies de Lydia, y con el rostro entre las manos, se esforzó por dominarse y entrar en plena posesión de sí mismo. Hubo un instante de silencio, durante el cual se escuchó un suspiro, débil y doloroso, como la queja desolada de un alma que abandona la tierra dejando en ella los seres queridos. Ambos estaban tan turbados que no le oyeron. Armando, apartando sus manos y levantando su frente, prosiguió con lentitud:

—Ni busco disculpas, ni puedo encontrarlas, ni aunque existieran las aceptaría, porque aunque parezca á usted abominable, gozo con mi crimen y no quisiera dejar de ser criminal. Tan dulce es amar á usted, que aun sabiendo que obro mal y conociendo que nada puedo esperar de usted, no quiero dominar mis sentimientos. Hágame usted la justicia que merecen mis esfuerzos por guardar secreto. Únicamente las torturas de los celos me han hecho perder toda reserva. Me bastaba ver á usted, oírla; permaneciendo usted con nosotros hubiera domado mis deseos y

gozado con vivir junto á usted, sacrificándole todo cuanto pudiera haber de indigno en mi amor. Pero el anuncio de un matrimonio entre Cravant y usted turbó mi razón; durante algunos instantes me sentí dispuesto á matar al hombre que fuera bastante afortunado para poseer á usted; ahora estoy tranquilo, he reflexionado y me encuentro decidido á sufrir toda clase de penas con tal de no atormentar y de no contrariar á usted. Ningún derecho tengo sobre usted, hice mal al hablar de aquel modo, olvidé lo que á usted debía; dignese usted perdonarme y cátese con aquel á quien usted ame ó con quien ame á usted.

Las últimas palabras salieron de su boca entre sollozos. Su esfuerzo le había debilitado hasta el punto de parecer que iba á perder el conocimiento. Permanecía lívido, con los ojos hundidos, los labios convulsos y la frente inclinada como en demanda de perdón. Lydia se conmovió al ver su generoso sacrificio, su resignación heroica y su tierno desinterés. ¿Qué más podía hacer que inclinarla á aceptar lo que él creía la dicha para ella, cuando esa dicha era para él una tortura cien veces más cruel que la muerte? Quiso recompensarle, y con una dulzura que desde hacía mucho tiempo no había usado con él, exclamó:

—No sé si el señor de Cravant me ama como pretende, pero estoy segura de que yo no le amo. Ya lo dije y usted sabe que no falto á la verdad.

Lágrimas de agradecimiento asomaron á los ojos de Armando al comprender que quería calmarle y tranquilizarle. Cogiendo su mano sin que ella intentase retirarla, la oprimió entre las suyas heladas.

—Me trata usted—repuso—mejor de lo que merezco, y yo amaría á usted por su bondad divina, sino la adorara ya por su gracia, su juventud, por todo lo que hay en usted de encantador y delicioso. ¡Oh! No me prohiba usted decirselo esta última vez que nos hallamos solos. No habré tenido ni un solo instante de lucha sin amargura más que este en que puedo expresar á usted, sin restricciones, todo lo que por usted siento. Es imposible que no lo haya usted sospechado á pesar de mi silencio, porque aunque mi fuerza de voluntad me permitía callar, era mas intenso mi amor y se denunciaba en todo, en mi voz, en mis ojos, en lo que decía y aun en lo que callaba. El amor es como esas plantas invisibles, cuyo perfume nos embriaga repentinamente. La planta puede ser modesta ó altiva, humilde ó soberbia, pero no por eso exhala menos perfume. ¿Será posible que ni un átomo de mi ternura haya llegado hasta usted, que nos separemos sin que mi desesperación haya conmovido ni una sola partícula de su alma?

—No lo crea usted—respondió ella dulcemente—siempre he profesado á usted un grandísimo afecto.

El rostro de Armando se iluminó de alegría.

—Tendré al menos el consuelo de pensar, gracias á esa generosa franqueza, que algo de mí vive en usted y que ese algo la acompañará sin cesar, sin que nada pueda arrojarlo de su pensamiento. ¡Si supiera usted qué tortura es creer indiferentes á los seres á quienes se adora! Usted no puede saberlo, usted, que no puede dejar de ser adorada, de recibir todos los homenajes. Mi experiencia, en cambio, ha sido bien dura; he pasado eternas noches sin sueño y martirizándome el cerebro con esta pregunta: «¿A quién amaré?» Nunca he soñado ser correspondido, jamás he hecho á usted la injuria de suponer que pensase en mí, que no soy libre; pero mi más dulce esperanza era que no llegase usted á amar, que permaneciese siempre pura y fría como la nieve, que viviera usted á nuestro lado sin pensar en alejarse de nosotros. Si hubiera sido posible, ¡qué dicha para mí!; si me hubiera atrevido á pedirlo, si lo hubiese obtenido de usted, ¡oh, Lydia, Lydia, hubiera bendecido á usted, la hubiera adorado de lejos de rodillas, y ni uno de mis suspiros hubiera llegado á sus oídos para ofenderlos! Olvidando de ese modo mi ternura y mi amor, libre, tranquila y serena, se hubiera usted visto mejor obedecida y más respetada.

El conde permaneció de rodillas á tres pasos de su amada con la frente cerca del suelo y las manos cruzadas en ademán de súplica, mientras

Lydia, sentada en un sillón, inmóvil, pero densamente pálida, respondió:

—Sabe usted muy bien que lo que propone es imposible...

—¿Por qué?

—Porque la situación en que nos encontramos, como es resultado de un equívoco, forzosamente tendría que ser equívoca, porque aquí nada hay franco, claro y seguro; porque yo no he venido á esta casa más que cediendo á las instigaciones de la condesa, que sólo se proponía hacerme sufrir una prueba. Debí medir desde el primer momento las consecuencias y ver que, no sólo no se calmarían las sospechas de la condesa con mi presencia en esta casa, sino que, por el contrario, cualquier circunstancia imprevista produciría una explosión. No obré, sin embargo, como una mujer vana y ligera; mis actos han sido hijos de la reflexión, pues si bien vi muchos peligros aceptando lo que me proponían, adivinaba muchos más rehusándolo. ¿Quién sabe si influiría también en mí el pesar que me producía la idea de separarme de usted para siempre?... Ya he dicho que profesaba á usted un profundo afecto. Era usted, desde que mi pobre tía murió, la única persona en quien podía colocar mi confianza... Ya ve usted que me he equivocado, puesto que, á pesar de haberlo hecho, no me ha dicho usted la verdad.